

LA QUEBRADORA TRAS LA CAÍDA

Aquel dicho tan bíblico que mi mujer me repite de que “los caminos de Dios son inescrutables”, siempre me pareció que era un invento hasta que un día me lo mostró en la Biblia, en la Carta de San Pablo a los Romanos, que literalmente dice en la versión 60 de la Reina Valera: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría de la ciencia de Dios! ¡Cuán son los juicios inescrutables sus caminos!”. Sí, tal como lo dice y viene a colación porque me dio por pintar paisajes a la acuarela, y empecé pintando lo que se veía desde la sala de la casa de doña Esperanza León, mientras escuchábamos unas botanitas de chisme, acompañadas de un buen cafecito. Después, para no perder la costumbre salía en las tardes con Atalita y Jorgito, como acompañantes y buscaba un buen lugarcito para pintar. Los cuadros fueron saliendo y un buen día me agarré precisamente el que hice en casa de la señora León, el cual me gustaba mucho, quizá por ser el primero de la serie y decidí que lo iba a poner en la salita, arriba de la puerta de acceso al patio. Tomé una silla plegadiza y me subí a ella con el cuadro y un martillo, con su correspondiente clavo. Ubiqué el lugar y llamé a Chanita para que me dijera si estaba bien centrado, a buena altura e inclinación.

---¿Por qué no lo haces mañana? Con una silla buena o escalera. Esa silla me parece muy insegura.

---No mujer, tú todo lo ves con dificultades o problemas. ¿Qué me puede pasar?

A regañadientes, dado a que no hice caso de sus advertencias, ella me dirigió y ya que estuvimos seguros de dónde ponerlo, empecé a golpear el clavo y me resultó una pared con piedras por todos lados. Lo que parecía muy sencillo al inicio, se estaba complicando. Varios clavos se torcieron y cuando intenté sacar con la uña del martillo uno que estaba doblado, perdí el equilibrio y caí cuan largo soy. Por desgracia el asiento de la silla quedó en posición vertical y me sirvió de quebradora, pues mi pobre columna ahí se golpeó, sí en la mera cintura. ¡No sé cómo no quedé ahí tirado! Sentí un dolor terrible, inimaginable por su alcance y las ganas de orinar, Ese fue el principio de una cistitis crónica que me duró diez años y en ese momento me hizo correr al baño a orinar y cuál no sería mi susto que en lugar de orines solté arena blanca, como si en lugar de agua hubiera tomado arena de Cancún o de Playa del Carmen, que son tan blancas y finas. Luego fluyó la orina y sentí cierto alivio.

No quise espantar a mi mujer y accedí a que fuéramos a ver a Paco el hijo de don Carmain, quien no tenía mucho de haberse instalado como médico y además nos vendió el yip.

No sé cómo llegué hasta su consultorio, pero por fin lo hice. El hombre me revisó y me dijo que fuera del soberbio batacazo, lo más seguro era que con el golpe recibido en la espalda, justo en la cintura, había pulverizado una piedra de vejiga o riñón.

---Lo felicito, lic ---dijo efusivamente---. No cabe duda de que Dios lo quiere.

---¿Sabe por qué se cayó? ---cuestionó mi esposa.

---No tengo la menor idea.

---Porque éste ---me señaló con el índice y sentí como que me traspasaba--- es muy terco, se lo dije, le advertí de lo inseguro de la silla y lo inapropiado de la hora y ¡ya ve, por poco se quiebra todo!

---¿Por qué la felicitación? ---dije ignorando lo dicho por mi adorada costilla---. ¿Por qué no me quebré la columna?

---No, porque, bueno, porque no se quebró la columna y quedó inválido, candidato a una silla de ruedas... a pesar de lo terco y sordo. ¡Si le hubiera hecho caso a su esposa!, y porque se libró de que le hubieran

practicado poco tiempo después, una cirugía para extirparle la piedra, que de seguro no estaba tan pequeña, pues por lo que orinó, tenía buen tamaño.

---¿Qué me va a dar?

---Antibióticos, para contrarrestar cualquier infección y unos analgésicos que le ayudarán a soportar el dolor. Bájese el pantalón.

---¿Qué así ya nos llevamos... me quiere violar delante de mi esposa?

---¡Ah! que Licenciado tan mal pensado. ¿Ve? ¡Me salió hasta en verso sin ser poeta de fama!

De no muy buena gana me acosté en la camilla y tras soltar un alarido al a recibir el pinchazo, mi esposa comenzó a dame masaje en la nalga inyectada.

---¡Salvaje!---dije simulando estar enojado---. ¿Puedo llevar mi vida normal?

El galeno que me conocía bien, sonrió.

---Nada de *chaca chaca*, al menos durante unas dos semanas. No sabemos todavía qué tanto de daño recibió usted.

---¡No la chifle! ¡Cómo le voy a hacer!

---Haga bastante natación en El Carmen, aproveche que son aguas bien calientes azufradas que le servirán de inigualable terapia. Aproveche que nada muy bien... si, sí, si, ya me contaron Es usted un estuche de monerías: Toca la guitarra, pinta, tira con pistola como campeón, nada, bucea, ¡qué sé yo! Además de que le gusta hacerse la quebradora para ver cuanto aguanta.

---Chanita, págale por favor a este matasiete y vámonos porque si sigue haciéndome reír, me va a matar del dolor. ¡Matasiete! ---le dije al despedirme.

---Cuídese de no andar subiendo a sillas plegadizas... ¡a quién se le ocurren esas cosas! ¡Ah, y eso que es Abogado!

---¡Matasiete! ---repetí y comencé a caminar renqueando hacia la casa.

Chanita me alcanzó.

---Voy a a la farmacia ---me dijo preocupada---. ¿Te sientes muy mal?

---No, ve a farmacia por la medicina y me alcanzas en la casa. ¡Ah, compra algodón y alcohol par que me sigas inyectando, ¡ni modo! no me puedo librar de ello